

Ejerciendo el liderazgo profético:

¿Quién es tu Josué?

■ Marcos Volcan



Los líderes cristianos, bautizados en el poder del Espíritu Santo, deben hacer buen uso de sus dones y habilidades para beneficio de la comunidad cristiana, atendiendo a sus necesidades reales.

El foco de atención principal del mundo empresarial es el liderazgo, produciendo una gran cantidad de nuevo material de formación sobre el tema. Por lo tanto, se trata de un área de estudio inmenso que comprende otras materias como la psicología, la economía, el marketing, etc..., conduciendo a una aplicación práctica de sus principios.

Los programas de formación del liderazgo cristiano han estado utilizando esos conocimientos para formar a las personas, y esto ha contribuido a unos resultados más eficientes, especialmente en vista de los nuevos retos que presenta la evangelización.

Los temas como "misión", "visión", "objetivos" y "estrategias" se han vuelto bastante comunes al tratar de la planificación pastoral. Un gran número de líderes y los que están implicados en algún tipo de ministerio, cuando se han visto desafiados por nuevos proyectos, hacen uso de varios conceptos y recursos prácticos de dirección para mejorar sus resultados. Pero asombrosamente lo que ha sido sistematizado en forma de nuevas áreas de conocimiento, ya era parte del enfoque de los personajes bíblicos que destacaron como líderes del pueblo de Dios.

Por ejemplo, en el Libro del Éxodo, cuando el pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud, los descendientes de Jacob habían vivido en Egipto durante unos 450 años, y durante ese tiempo habían formado una nación. Sin embargo, la tierra de Egipto comenzó a ser regida por faraones más duros que creían que el pueblo de Israel era una amenaza para su propia tierra; forzándoles a la esclavitud y ahogando a

todo niño recién nacido en el Nilo, deteniendo así el creciente número de israelitas.

Los israelitas se quejaron a Dios. Dios encargó a Moisés, su líder, a conducirles fuera de Egipto a la "Tierra Prometida". El así llamado "Éxodo" marcado para siempre en la historia de Israel; siendo

Moisés considerado uno de sus líderes más importantes. Me gustaría resaltar tres etapas del trayecto de liderazgo de Moisés: 1. Su llamada por parte de Dios; 2. Conducir al pueblo; 3. Su sucesor. En la



primera etapa, la llamada de Moisés ocurre en la experiencia de la "zarza ardiente". Allí, es llamado a una misión que parece prácticamente imposible de cumplir. Cuando se encontró con el "Yo soy el que soy", a pesar de su debilidad y miedo al futuro, creyendo que le faltaba capacidad de oratoria y recursos materiales, se sintió estimulado a decir que sí.

Aunque no quería abandonar su vida como pastor, no tenía ningún otro motivo para decir que no, y así, después de alguna duda, parece ser que la zarza que ardía por fuera comenzó a arder dentro de él, y asumió la misión. Entonces por el resto de su vida se comprometió totalmente con la visión dentro de él. Su encuentro con Dios daría lugar a muchos otros encuentros futuros, que, no importa lo tenso que fueran a veces, ayudaron a construir una relación humano-divina que apenas se había visto en la "Antigua Alianza", una que más tarde se haría universal en Jesús cuando el velo del santuario se rasgó en dos. A este respecto, desde la perspectiva de la fe, siempre existirá una brecha que ni el conocimiento contemporáneo es capaz de explicar. ¿Qué le cuesta a alguien dar un paso así? ¿Qué hace falta para dejar todo atrás y lanzarse en una empresa tan enorme? Fue en la experiencia de la zarza ardiente donde comenzó la amistad. La conversación que Moisés tuvo con Dios resuena todavía en los oídos de muchos hombres y mujeres de hoy y sigue sucediendo: "Para estos tiempos nuevos, más que solo llamarles a conducir a mi pueblo, llamo a hombres y mujeres a un nivel de liderazgo donde no solo deseo medir resultados, sino construir una amistad y revelar a aquellos que me sirven las intenciones de mi corazón para que actúen".

En la segunda etapa vemos a Moisés en acción. La visión que tuvo, se ha vuelto ahora su misión y le presenta muchos desafíos. Comunicar la tarea al pueblo y obtener su apoyo, así como enfrentarse a la reticencia del gobierno egipcio experimentando así las barreras internas, que permanecieron durante la "Pascua" cuando cruzaron el Mar Rojo entrando

EN ESTA EDICIÓN

Ejerciendo el liderazgo profético:

¿Quién es tu Josué?

Marcos Volcan

La cultura de Pentecostés:

Extenderse en unidad

Maria Eugenia F. Góngora

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Dios nos prueba?

«
Todo líder cristiano debería comprender su llamada al liderazgo, pero debería también saber que llega un momento para retirarse.



en el desierto antes de alcanzar finalmente la “Tierra Prometida”. Moisés, no acostumbrado al trabajo en equipo, se sintió abrumado. La vida llena de estrés en el desierto, con un pueblo desalentado y quejumbroso, le puso a la prueba hasta el límite que se estaba deprimiendo cuando, siguiendo el consejo de su suegro, decidió delegar sus tareas y compartir el trabajo con otras personas. Esto le permitió centrarse en su misión, formar a su pueblo, y preparar a una nueva generación para el cumplimiento de las promesas de Dios, adquiriendo así la habilidad de formar a nuevos líderes; formando a personas cualificadas para que asumieran tareas desafiantes.

Durante el tiempo que pasaron en el desierto surgió otra figura importante, un hombre que era fiel a Dios y comprometido con la misión: Josué.

En la tercera etapa, es momento de luchar para conquistar la tierra y preparar el camino de la transición. Moisés sintió que su tiempo pasaba y que su vida se terminaba. Moisés era un líder excelente, innovador en tiempos de peligros y dificultades; en él encontramos una personalidad vigorosa, pero estaba envejeciendo y se necesitaban nuevas habilidades para conducir a un pueblo que finalmente había madurado. Esto indicaba que debía ocurrir un cambio. La misión de Moisés fue el de conducir al pueblo hasta la frontera de la Tierra Prometida. El sucesor de Moisés, Josué, tenía la misión de llevar al pueblo dentro de la Tierra Prometida. Josué tenía una personalidad motivadora y la capacidad de planificar estratégicamente. Josué es un modelo de sucesión inspirado por la voluntad de Dios y atendiendo a las necesidades de los nuevos tiempos. Josué tenía que continuar lo que Moisés había comenzado, y dirigirlo con libertad. Dios no permitió a Moisés que se “jubilara”: se murió antes de que entraran en la Tierra Prometida y dejó el legado de una misión llevada a cabo con ardor y amor a favor del pueblo de Dios.

Este tipo de transición me recuerda una experiencia que tuve cuando tenía doce años. Durante un evento deportivo en mi ciudad, a algunos amigos y a mí nos pidieron que lleváramos una antorcha alrededor de algunos bloques de nuestro colegio. Todo estaba bien preparado para la ocasión y nos dijeron que esperaríamos la llegada de la antorcha en determinado lugar. Cuando llegó mi turno de llevar la antorcha pensé que era una tarea fácil al principio, pero mientras seguía corriendo y aumentaba la distancia, aunque la antorcha no pesaba mucho, parecía cada vez más pesada. Qué alivio cuando vi a alguien delante de mí esperando para tomar la antorcha; me animé, y me sentí feliz de poder pasarla.

Años más tarde asistí a un evento llamado “Avivando la llama”, un encuentro de líderes de varios países distintos. Durante ese fin de semana nos animaron, por medio de dinámicas similares, a realizar nuestras actividades de ministerio como si tomáramos parte en unos Juegos Olímpicos, donde se enciende la antorcha y va por

distintos lugares, llevada por personas distintas, pero siempre con el mismo objetivo, encendida hasta el final.

Me recordó esa experiencia que tuve a los doce años y que, hasta el día de hoy, es un principio que me guía cuando tengo que asumir un puesto de liderazgo. Queriendo decir que intento realizar la misión con el ardor y la buena disposición de corazón, siempre tratando de mantener las fuerzas para llegar al final con la antorcha encendida. Y cuando llega el momento de pasar la antorcha, lo puedo hacer sin lamentaciones, sabiendo que mi tiempo ha llegado a su fin. Todo líder cristiano debería comprender su llamada al liderazgo, pero debería también saber que llega un momento para retirarse, y siguiendo el ejemplo de Moisés, deberían preparar a un Josué que le relevara.

Por lo tanto, una preocupación natural en relación al liderazgo es encontrar a otras personas que tengan la llamada de Dios en sus vidas; una que es lo suficientemente fuerte como para asegurar que den pasos firmes en la fe, confiando siempre en Dios; personas que son capaces de desarrollar habilidades que les ayudarán a manejar los problemas y retos que se puedan encontrar. Enseñar a nuevos líderes a cómo transmitir a otros sus puestos de liderazgo es tan importante como formarlos para convertirse en líderes. Esto es algo que no debería descuidarse nunca. Invertir en nuevos líderes no será suficiente. Es también necesario transferirles nuestros puestos, tareas y trabajos y resistir a la tentación de pensar que somos irremplazables o que somos los dueños de la cosecha. Josué, continuó el legado de Moisés, el legado de aquellos que sirvieron al Señor antes que ellos. Ésta es una capacidad que rara vez se encuentra en el mundo de la política o de la empresa y también entre nosotros que servimos al Señor, una cualidad que solo poseen las personalidades maduras y que es necesaria en cualquier área de la actividad humana, especialmente cuando se trata de conducir al pueblo de Dios. Sin embargo, aun cuando los nuevos líderes sean incapaces de mantener esta continuidad, no debemos permitir que disminuya nuestra alegría, pues la regla de oro en el servicio del Evangelio de Jesús es no esperar ni alabanzas ni trofeos.

Lo que realmente importa es la relación que construimos con Dios y nuestra certeza de que hemos dado lo mejor de nosotros mismos y de nuestros dones. Esto vale más que cualquier cosa. No deberíamos esperar ni pago ni reconocimiento inmediato, especialmente porque un líder verdadero a veces tiene que ser firme y resuelto y tomar decisiones que puede ser que no agraden a todos. Cuando pasamos la antorcha a nuestro sucesor, deberíamos también “morir”, en otras palabras, deberíamos ser conscientes del hecho de que ha pasado nuestro tiempo, que Dios mismo va a cuidar de Su pueblo, si lo desea, nos va a llamar a otras misiones y tareas. No deberíamos tener miedo de nada; si le decimos que sí, Él nos dará más de Su Espíritu, y siempre estará a nuestro lado. 🏠



Dirección postal: Palazzo San Calisto, 00120 Ciudad del Vaticano – Europa
 Teléfono: +39 06 69 88 71 26/27
 Fax: +39 06 69 88 72 24
 Sitio web: www.iccrs.org
 Correo electrónico: newsletter@iccrs.org

Rogamos que se pongan en contacto con la oficina de ICCRS para obtener permisos de reimpresión. El *Noticario de ICCRS* se puede adquirir gratuitamente por correo electrónico y cuesta 10€ si se desea adquirir por correo postal. El *Boletín de ICCRS para Servidores* se adquiere con una suscripción anual de 15€ por correo electrónico.

El *Boletín de ICCRS para Servidores* es una publicación internacional editada junto con el *Noticario de ICCRS*. Su propósito es proveer información sobre temas decisivos de la RCC.

Extenderse en unidad

■ María Eugenia F. Góngora



Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos... Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar (Hch 1, 14; 2, 1).

Desde ese día, todos permanecieron juntos, más que en un lugar físico, en un solo corazón. Unidos en esperanza, fe y confianza - características que tenían mucho que ver con María, ya que sus sentimientos maternos les habían alentado 'permanecer'. La promesa de Jesús se hizo realidad, toda su obra fue coronada aquí. El Espíritu penetró en el corazón del hombre, transformó su corazón de piedra en uno nuevo capaz de amar, de ir a otros para que ellos pudieran vivir también la misma experiencia. Corazones pasivos y cerrados que ahora se 'preocupan' de la necesidad de salir urgentemente para comunicar a todos la Buena Nueva. De la unidad de Pentecostés, recibieron el Espíritu Santo y de allí salieron a todos los caminos del mundo a donde Él les conduzca. El hermoso número 26 de la Encíclica... de Juan Pablo II sobre la validez permanente del mandato misionero de la Iglesia, indica claramente que desde Pentecostés las comunidades fueron abiertas y misioneras.

Se confirma a lo largo de los Hechos de los Apóstoles, un libro del Espíritu Santo. Llenos de fuego, van anunciando, como testigos valientes y fieles, el mensaje de la salvación, no por su propio poder, "sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra." (Hch 1, 8).

Introduciendo, por su testimonio, la nueva cultura, la de Pentecostés. El Señor les permitió que realizaran prodigios y milagros, y de esa manera muchos les siguieron; tal era la atracción que las comunidades crecieron y se multiplicaron: "Los creyentes cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres" (Hch 5, 14).

Con simplicidad, llenos de amor, a pesar de los grandes peligros y la persecución, no se detuvieron: "Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1 Co 2, 4-5).

Personalidades diferentes, modos de pensar y de ver las cosas diferentes, en nombre de Jesús y guiados por el Espíritu Santo. "Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía" (Hch 4, 33).

Los Hechos nos narran repetidamente cómo muchos hombres y mujeres se abrieron al mensaje de la salvación. Como ayer, hoy, seguimos siendo miembros de la misma familia espiritual, heredada de los apóstoles en Pentecostés: comunión eclesial que es la Iglesia. El Papa Francisco nos recuerda: 'Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora' (Evangelii Gaudium 261). El Espíritu nos está moviendo a recorrer cada camino, introduciendo y extendiendo esta cultura, que algún día será plena y perfecta, ya que ahora gustamos los

primeros frutos. Incluso en medio de luchas, pruebas y persecución, Pablo nos consuela cuando dice: '¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?' (Rm 8, 35). El Espíritu Santo nos inspira por medio de Pedro, hoy Francisco, diciendo: 'Espero que compartáis con todos en la Iglesia la gracia del bautismo en el Espíritu Santo. [...] Recordad que la Iglesia nació "en marcha", esa mañana de Pentecostés'.

Por naturaleza la Iglesia es misionera; su fundador en nuestro Señor Jesucristo, misionero de Dios Padre, por el poder de su Santo Espíritu, y en ese dinamismo de Pentecostés, Él nos envía a hacer lo que Él hizo. Unidos en esa koinonía (comunión eclesial), atraídos hacia el mismo punto, hacia la explosión de Pentecostés, hacia Jesús que nos da su Espíritu, es como el ejercicio de círculos centrípetos, hacia el centro, para salir luego hacia afuera y estar preparados y fuertes en su santa armonía y potencia. Como una dinámica divina, los círculos centrípetos se vuelven centrífugos por la acción del amor, en otras palabras, salen para alcanzar a todos: la gracia emana de la comunidad, de cada uno de nosotros. Esa será la manera de introducir la Cultura de Pentecostés, desde nuestra pequeñez y simplicidad, anunciando alegremente lo que hemos vivido. Recordemos siempre que la misión nos une. Como en las primeras comunidades, este testimonio hará que la Iglesia sea atractiva, y el otro querrá vivir como Cristo. Qué maravilloso discipulado será que los nuevos alcanzados por el amor entren en los círculos centrípetos y luego salgan como testigos del Resucitado.

Con certeza y santa osadía Su Santidad el Papa Francisco nos repite también: 'prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades.' (Evangelii Gaudium 49). Es la fuerza poderosa del Espíritu de Jesús que viene como un recordatorio de que pertenecemos a una Iglesia, 'preocupada' necesariamente de salir a anunciar a todos la gracia que hemos recibido. Como en los primeros días, los hombres y mujeres están, quizás sin saberlo, esperando este anuncio que es capaz de dar vida.

No es de extrañar que la palabra más utilizada por el Papa Francisco es "salid". La RCC floreció como una respuesta providencial de Dios a este tiempo. El Papa Benedicto XVI nos lo dijo a menudo. Es una respuesta que no puede permanecer muda en el mundo de hoy, que está viviendo momentos de gran agitación, indiferencia y dolor. Parece que nos estamos familiarizando con la cultura de la muerte, y no en pocos lugares; poco a poco penetra hasta el punto de que pensamos que esto es normal... es decir, vivir sin Dios. Estamos llamados, con la misma parresía de la Iglesia primitiva, a ponernos en marcha, a salir, para que digan de nosotros lo que decían de los primeros cristianos: 'Esos que han revolucionado a todo el mundo se han presentado aquí también' (Hch 17, 6). 'Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él «viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8, 26)' (Evangelii gaudium 280).

'Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hch 1,14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés' (ib. 284). 🕯



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Dios nos prueba?

Cuando las personas están en medio de una prueba difícil como la enfermedad, el desempleo o la pérdida de un ser querido, es común escucharles decir: “Dios me está probando”. O a veces otra persona le dirá al que sufre: “Dios te está probando.”

¿Es verdad que Dios prueba a las personas? ¿Qué nos dicen la Escritura y la Tradición sobre cómo deberíamos entender tales pruebas?

En la Escritura encontramos varios pasajes diferentes en los que se dice que Dios prueba a alguien. Por ejemplo, Génesis 22,1 nos narra: “Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abraham”, y entonces narra la prueba más difícil que se pueda imaginar: se le pide a Abraham que sacrifique a su amado hijo único, Isaac.

El libro de Job encontramos cómo Dios permitió a Satanás que se llevara, primero, a los hijos y las posesiones de Job, y segundo, la propia salud de Job. En su angustia, Job clama a Dios: “¿Qué es el hombre para que tanto de él te ocupes, para que pongas en él tu corazón, para que le escrutes todas las mañanas y a cada instante le escudriñes?” (Job 7, 17-19).

Dios prueba a las personas no solo por medio de dificultades sino también mediante bendiciones. Durante la marcha de Israel por el desierto, Dios le dijo a Moisés: “Mira, yo haré llover sobre vosotros pan del cielo; el pueblo saldrá a recoger cada día la porción diaria; así le pondré a prueba para ver si anda o no según mi ley” (Ex 16, 4-5). Dios puso a prueba a su pueblo para ver si iban a confiar en Él y obedecer su orden de no recoger el maná el sábado.

No solo en el Antiguo Testamento sino también para los cristianos, ser probados por dificultades es una parte normal de la vida humana. La Primera Carta de Pedro dice: “Queridos no os extrañéis del fuego que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os sucediera algo extraño, sino alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria” (1 Pe 4, 12-13).

En todos estos ejemplos, es importante reconocer que Dios no quiere probar a los seres humanos para aumentar su propio conocimiento. Ya nos conoce perfectamente. Más bien nos prueba por nuestro bien. Sus “pruebas” no son como las de un profesor que nos pone en examen final, sino como la de un orfebre que prueba el oro en el fuego, para refinarlo y purificarlo. Así la Escritura nos alienta: “aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo” (1 Pe 1, 6-7).

Es también fundamental hacer una distinción que todavía no estaba clara en el período del Antiguo Testamento: la distinción entre lo que Dios permite y lo que Dios provoca directamente. Dios nos prueba en el sentido de que permite que nos enfrentemos a la tentación o al sufrimiento, pero él directamente no provoca estas cosas. Dios nos permite para nuestro bien, para que podamos aprender a resistir al mal y crecer en humildad, confianza y dependencia en Dios. Como Moisés les dijo a los israelitas, Dios “que te alimentó en el desierto con el maná... a fin de humillarte y ponerte a prueba para después hacerte feliz” (Dt 8, 16).

Debemos evitar un malentendido muy común con respecto a la enfermedad y otras pruebas. Muchas personas piensan que porque Dios ha permitido estas adversidades en nuestra vida, por lo tanto sería una equivocación orar para ser sanado o liberado de una adversidad. Pero esto no es así para nada. De hecho, el Señor quiere que crezcamos en fe orando confiadamente a él por todas nuestras necesidades incluyendo nuestra necesidad de salud y plenitud de vida.

Si una persona está gravemente enferma, no dudemos en aconsejarles que visiten a un médico lo antes posible. Reconocemos que buscar la sanación a través de un médico es la respuesta apropiada a la enfermedad, y de ninguna manera implica que una persona no está dispuesta a llevar su cruz. Del mismo modo, si alguien está sufriendo la pérdida de su trabajo o de su casa, o alguna otra prueba, no digamos: “Basta que sonrías y aguantes” Más bien busquemos aliviar su sufrimiento y proveer para sus necesidades. ¿Por qué entonces pensamos que es equivocado orar a Dios para pedirle que cure enfermedades o alivie otros dolores? Eclesiástico expresa esta perspectiva equilibrada: “Hijo, en tu enfermedad, no seas negligente, sino ruega al Señor, que él te curará... Recurre luego al médico... que no se aparte de tu lado, pues de él has menester” (Sir 38, 9. 12). Dios obra a veces a través de los médicos y a veces milagrosamente a través de la oración.

Finalmente deberíamos distinguir entre prueba y tentación. Dios permite que seamos probados por la adversidad, pero nunca nos tentará a pecar. “Ninguno cuando sea probado, diga: ‘Es Dios quien me prueba’; porque Dios ni es probado por el mal ni prueba a nadie. Sino que cada uno es probado por su propia concupiscencia que le arrastra y le seduce” (Santiago 1, 13-14). La Escritura también nos enseña a tener confianza en Dios que siempre provee la manera para vencer las tentaciones. “No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Co 10, 13). 🙏